

Oración para las bachilleras del Colegio femenino

Tú que no quisiste al hombre solo
En su tarea de glorificar a Dios.
Tú que por ello a la mujer creaste
Para que por amor a Ti ayuda diera.

Tú que quisiste para el hombre fuera
Recreo, compañía y sostén,
Instrumento del propio desarrollo
Y del trabajo fecundo, defensa, ilusión.

Tú que la hiciste imagen bella y buena
Y transparente vehículo divino,
Para que a Ti en ella el hombre viera,
conociera, amara y recibiera.

Tú que quisiste que ella fuera
en su entrega por amor fecunda
Y de Ti instrumento deviniera
Al dar vida por amor a cuerpos y almas.

Tú que la hiciste providencia humana:
Tierra fecunda, vivero vivo,
Granero, telar, templado abrigo...
Faro, fragua de temple, brújula, caldera.

Tú que la hiciste perenne madre buena,
Fuente de vida y bien, fecunda y permanente,
Y por ello quisiste que estuviera
Siempre al acecho de indigencia toda.

Tú que la soñaste sabia
Con la intuición del corazón amante,
Y que le diste habilidad y gracia
Para hacer del mundo todo un nido humano.

Tú que quisiste que la mujer fuera
Arco iris, puente, instrumento de reconciliación
De los hombres Contigo y entre ellos,
Y que la paz y el amor siempre pusiera.

Tú que variaste sus múltiples talentos,
Y la llamaste a rendir ciento por uno,
Para que ella y el hogar y el mundo fueran,
Más fecundos para esta y la otra tierra.

Tú que al venir al mundo quisiste
Que una Madre Virgen te acogiera,
En su seno físico y moral a Ti nutriera
Y en la misión redentora acompañara.

Tú que en la Cruz nos la diste Madre,
Y modelo y también intercesora:
Canal de vida, de fe y de esperanza
Y de amor, apoyo y ayuda, y perdón.

Tu que al venir así al mundo
Quisiste reparar la mujer madre
Y por aquella madre Eva, corruptora,
Nos diste a María, Salvadora.

Tu que elegiste a Magdalena y Marta,
Y luego a lo largo de los tiempos
A tantas mártires, vírgenes y viudas
Que su amor a Ti te consagraran.
Tú que quisiste dar enorme fortaleza
A pequeñas y débiles mujeres
Y con Helena, Clotilde, Catalina y Juana
Escribiste epopeyas en la Historia.

Tú que a tantas mujeres bendijiste
Para sostén y perfección de sus maridos
Y para que madres integrales fueran
Y para el Cielo y la tierra alumbraran.

Tú Señor... Escucha, te rogamos.
A Ti, Señor, hoy te decimos:

Gracias Señor por tantas cosas buenas como hiciste
y por las bellas:
por el pan y por la flor,
por la pampa y las estrellas,
por el canto y por la danza,
la Gioconda y el tractor.
Por el amor, la alegría y la conversación.
Por la amistad y el trabajo fecundo,
y por el dolor redentor.

Gracias por la madre que da a luz a su hijo
y la que educa,
y por el varón creador...

Gracias por los niños desbordantes de esperanza
y por los ancianos cargados de experiencia y de dolor.

Gracias por Tu venida al mundo como Hermano nuestro.

Gracias por Tu vida, Tu enseñanza,
Tus consejos y preceptos, y Tu misión de Redentor.

Gracias por la Iglesia que prolonga
Tu vida humana salvadora aquí en la tierra:

Gracias por su doctrina, su gobierno
y su donación de Vida y de perdón.

Gracias por el sacrificio de la Misa y por Tu Pan.

Gracias por todos los signos
de Tu presencia bienhechora entre nosotros.

Gracias por nuestras familias.

Gracias por nuestra patria.

Gracias por todos los bienes
que a los hombres das.

Gracias por todo lo que a nosotras
diste en cualquier tiempo;
y todo lo que nos ha traído
felizmente hasta este día,
y las personas y cosas que fueron

Tu instrumento para ello.

Gracias. Y perdón:
por todo lo que hicimos mal.
Y lo que dejamos de hacer aunque debíamos.
Y lo que hicimos menos bien.

Y ahora, escúchanos Señor.
Te lo pedimos
por los méritos y ruegos de Tu Madre,
y de San Pablo, y de todo otro protector,
y de tantas mujeres que en sus vidas
en todo tiempo te agradaron.
Escucha, Señor. Te pedimos:

Que valoremos, amemos y sirvamos
la vida humana y la divina.

Que seamos instrumentos aptos
para dar sostén y perfección
a los maridos
y contigo edificar en cuerpo y alma
a nuestros hijos.

Que siempre demos vida
y nunca la quitemos.
Que hagamos bello y bueno a nuestro hogar
y al mundo.

Que mostremos siempre a Ti a los hombres,
y a Ti a los hombres siempre demos.

Que nos preparemos aptamente a todo ello
y que algún día así podamos
rendir ciento por uno plenamente.

Que nunca perdamos Tu vida,
ni la fe en Ti,
ni Tu amor o la esperanza.

Que ellas siempre crezcan en nosotras
y a los demás desborden,
a las personas y cosas que tratemos.

Y que cumplamos y bien
nuestra misión terrena.

Para que un día gocemos de Ti en el Cielo
para siempre,
con todos los que hayamos querido
en este mundo.

Y te pedimos por nuestros padres:
compénsales tanto bien que nos han hecho.

Bendícelos, Señor.
Y hazlo también con los maestros
y con todo bienhechor.
Y con nuestros hermanos y parientes,
amigos y compañeras.
Y con los que quizá alguna vez
nos hayan hecho mal.
Y con aquellos a quienes

hayamos nosotras tal vez perjudicado.
Y con los más necesitados,
en cualquier parte del mundo
en que se encuentren.
Y en especial con los que están
más cerca de nosotras.

Te pedimos por la Iglesia.
Y por el Papa, y los obispos
y nuestros sacerdotes.
Ayúdalos, Señor.

Señor, Jesús:
Gracias de nuevo.
Casi nos animamos...
con Tu ayuda...
a prometerte fidelidad.
A Tu amor, a Tu doctrina,
y a la misión que nos quieras dar.

María, nuestra madre:
Gracias, muchas gracias Madre.
Por todo: lo de siempre y lo de ahora.
Aún nos permitimos pedirte una cosa:
que nunca se nos ensucie
o enfríe o muera el corazón.
Contigo contamos. Para siempre.
A Ti te consagramos
todo lo que llevamos aquí dentro,
en este mismo corazón.

Padre Luis M. Etcheverry Boneo, 1970